



En verdad quiero verte,
pero llevará mucho tiempo
Luis Mey



Mey, Luis

En verdad quiero verte, pero llevará mucho tiempo / Luis

Mey. - 2a ed. - Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2017.

184 p. ; 23 x 14 cm.

ISBN 978-987-46218-5-6

1. Novela. 2. Literatura. 3. infancia. I. Título.

CDD A863

© Luis Mey, 2014

© Factotum Ediciones, 2014-2017

Pasaje Rivarola 169 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

info@factotumediciones.com

Primera edición, Buenos Aires, Factotum Ediciones, 2014

Segunda edición, Buenos Aires, Factotum Ediciones, 2017.

Edición: Andrea Stefanoni

Coordinación editorial: Renata Cerelli

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Asesor gráfico: Aldo De Losa

Corrección: Juan Amitrano

Fotografía de portada: Joe Rainaldi. *The Family of Children*, 1977

Retrato del autor: Gastón Bourdieu

ISBN 978-987-46218-5-6

Libro de edición argentina.

Impreso en China. *Printed in China.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

No quiero el queso, solo quiero salir de la trampa.

Proverbio español

1

Mi papá decía que hiciera algo. Cualquier cosa. Que aprovecharse el día. Quería decir *carpe diem*, que significa eso, “aprovechá el día”, pero lo decía en el español de mi barrio. Y no puedo reproducirlo.

Flor, mi hermana mayor, jugaba al ajedrez con su amiga del colegio. Las dos se tomaban muy en serio las dos cosas: colegio y ajedrez. Promedios perfectos; futuras abanderadas. Manejaban el cómo y el porqué estudiar que las propias maestras tomaban de parámetro. Y jugaban a algo que las mantuviera en la línea del aprendizaje cuando no había nadie que les enseñara nada.

Había moscas y olor a tostadas y una heladera que abríamos y cerrábamos todo el tiempo, pero ninguna de las dos quitaba la mirada del tablero. Yo, lo sabían, no tenía idea de qué estaban haciendo, en realidad. Yo era una mosca más en esa cocina.

Hacía rato que las escuchaba, día tras día. Y hacía rato que veía las piezas ir y venir. Quería saber qué hacían y en eso estaban, de nuevo, mis ojos. Se trataba de algo importante, tal vez más que las cosas que se dejaban ver de inmediato y que yo, a mis seis años, podía también entender.

Mamá y papá, entonces, me pidieron atención. Mi hermana, al parecer, avanzaba. La otra chica sudaba. Parecía nerviosa.

—Maxi, mañana empezás la escuela.

—Sí, ma...

—¿Sabés lo que eso significa?

—Sí, ma...

La otra chica dudó en mover una pieza y la volvió a su lugar. Mi hermana la miró con ojos de rayo. La otra respiró profundo y pidió perdón, aunque no entendí por qué. Movié.

—Es una responsabilidad tuya, no nuestra. Vas a tener que estudiar.

—Sí, ma...

—... Y portarte bien. Lo que digan las maestras... ¿Me estás escuchando?

—Escuchá a tu madre, haceme el favor —dijo papá.

—Sí. Los escucho.

Las mujeres también transpiran y tienen olor, como los chicos que juegan al fútbol. Lo aprendí en ese momento: porque mi hermana movió un segundo después de que la otra moviera y la dejó blanca. La otra, entonces, pensó. Tragó saliva. Tardó un rato. Y movió. Entonces movió mi hermana. La otra respiró de nuevo y movió.

—¿Tenés la mochila preparada? —preguntó mamá.

—Sí.

—¿Entonces?

Mi hermana levantó la mano para mover.

—Jaque mate —dije, en voz alta, ni bien apoyó la pieza.

Las dos giraron su cabeza hacia mí y, efectivamente, mi hermana movió hacia la victoria. Parecieron preocupadas por mis palabras. Mis padres también. Después pasó algo más y aquello quedó en el olvido. Y el tiempo pasó e hice todo lo contrario a lo que me pidieron que hiciera en la escuela.

Nos arrancamos los bolsillos del guardapolvo y le encajé una en la cara. Después se acercó un hermano, y después otro. Ya eran tres contra mí y una liviana intención de ayuda por parte de un pibe que miraba, pero que seguía dejándome solo.

Ahí entendí lo que me había dicho mi viejo esa vez en casa, después de pelearme con mi hermana por una discusión tonta: no aprietes los puños con las uñas largas.

Los hermanos que querían pegarme eran mis amigos, o lo habían sido. Pero no eran, de ningún modo, mis enemigos. De hecho, se odiaban entre ellos, casi, o se querían raro o no sabían quererse. Eran pobres como yo, y sabíamos que los de afuera nos hacían sentir pésimo con eso. Y, de todos modos, a la primera patada le grité al hermano que más conocía:

—¡Hijo de puta!

—¿Qué me dijiste?

—Lo que escuchaste.

Soporté lo que vino. Patadas, piñas, tirones y sacudones. Hasta que acudieron a salvarme. Nos retaron y yo acepté que había sido mi culpa. Porque no se decía eso a unos chicos que habían perdido a su madre una semana atrás.

Una maestra lo escuchó y me lo recordó, como si yo no lo supiera, y nos llevó con la directora y repitieron lo mismo, como si no me sintiera ya terrible por semejante torpeza. Yo no quería ser malo, pero lo era. Quizá el mundo pensara igual.

Se acercó la maestra que nos había visto en el patio.

—Maxi...

—¿Sí, señorita?

—¿Vos dijiste eso?

—Sí, señorita. Pero no me acordaba de lo que... pasó.

—Claro, porque vos mamá tenés. Te hacía más bueno...

Me puse a llorar. Algo de bronca. Algo de impotencia. Esa clase de momento que podía evitar, que podía mejorar y que podía armar exactamente a la inversa de como había terminado. Pero ahí estaba.

—Me gustaría que reflexionaras sobre lo que dijiste —tiró esa maestra que me caía bien.

Y eso fue lo que hice. Tenía todo el fin de semana para pensar sobre la inevitabilidad de ser malo, lo que, en parte, también sucedía el fin de semana. Tal vez sobrasen los motivos. Tal vez tuviera muchas excusas. Tal vez motivos y excusas se camuflasen unos a otras.

Pero lo hecho, hecho estaba. Y eso es a cara lavada.

3

El otro lugar que me tenía con la soga al cuello era una institución: los *boy scouts*. Parecía el nombre de un grupo pop de chicos soberbios con aires femeninos y bien vestidos y asfiantemente ridículos. Pero era peor. Paso a explicar.

Ahí, como en el colegio, también se decían “hijo de puta” todo el tiempo.

Era un campo no muy grande, donado a la iglesia del barrio, o quizá prestado. Sábado a la tarde, allá por el ochenta y algo. Ahí mismo, ese mismo año y en esa Buenos Aires conurbana, me pregunté qué carajo hacía un chico alto y rubio y torpe, que nadie quería como compañero ni como dirigido, no por rubio ni por alto sino por su estampa cansada, hablando de Dios y de insignias, arrastrando tótems y cantando canciones de campamento mientras los vecinos nos cerraban las ventanas en la cara para detener el bullicio.

Ese chico era yo, Maxi, y no tenía nada que hacer ahí, pero ahí estaba. Era niño y, en definitiva, hacía lo que me decían. A veces me salía. Otras, ni intentándolo.

Algunas cosas ya tenían nombre y significado. Pero no había una manera –eso parecía– de ser *boy scout* y humano a la vez. Yo no podía ver el camino, y nadie tenía las palabras para llegar a convencerme.

En algún momento tenías que romper con las reglas de *scout* para solucionar algo humano y, en otro, tenías que romper las normas de humano para ser *scout*.

Y tener que aprenderse todos esos nombres de lobos, perros y osos mitológicos que hablaban era una de las maneras de ser parte de ellos que te afectaba directamente las tripas y te dejaba vomitando hipocresía. Solo uno de los dirigentes sabía contar la historia con algo de emoción. El resto, hablando, me dispersaba, me enfriaba el cerebro y me ponía a organizar alguna cagada.

Entendí, también, que pasar por encima del que tenía algo de poder en los partidos de fútbol –posteriores a la adoración a Dios y a toda la mímica de terror– era la otra forma de ser un *boy scout* exitoso.

Entonces, para la primera forma: memorizar nombres de personajes. Para la segunda: traicionar compañeros con nombres comunes, reales y vulnerables.

En esencia, me sabía las reglas. No me gustaban un carajo, pero las conocía.

Los que sabían adorar al Señor –recuerdo bien– captaban la idea de la osa de la manada y de la loba de la manada y de las demás cosas de manada. Cualquiera de ellos entendía cómo ganar una insignia por aprender a encender un fuego con ramitas y piedras, porque lo que había que hacer era llenar tu camisa de porquerías. Ellos entendían muy bien cómo ganar la de nado, aunque no hubiese un solo lugar donde nadar. Pero sí. Había un lugar cerca, en realidad: un arroyo de desechos industriales con una boca que escupía verde, rojo, azul. Dependía del día. Pero no nadábamos ahí

por la sencilla razón de que si lo hacías, te morías. En verano, no obstante, era tentador. Yo estaba seguro de que el riesgo me daría superpoderes.

De alguna manera, también, aprendía a no correr riesgos y a despertarme con pesadillas.

Los *scouts*. La mayoría solo asistía porque no encajaba de ninguna forma en ningún lado. El buen *scout*, ya dije, ni es humano por ser *scout* ni es *scout* por humano. Se aceptaba, sin cuestionamientos, que buen compañero era el que sabía señalar a los pecadores. Eran los mismos que se animaban a ponerse el delantal para aprender cocina solo porque eso daba una insignia más grande que sus hombros debiluchos. Yo, a esa altura, no podía creerlo. Pero iba porque, repito, era niño y hacía lo que me decían.

Cuando ingresé –a los ocho–, algunos de mi edad ya estaban con la camisa llena de parches. Y sabían pararse. Aquello era crucial. La sencilla tarea de estar parado y estar sentado, de repente, arrastraba un cómo o un depende y hasta premios y ascensos. La siguiente insignia era todo lo que debía preocuparte. Después, también, tenías una camisa y el canuto para sostener el pañuelo en el cuello, y una gorra muy parecida a la de los militares de cualquier ejército del mundo. Nosotros éramos el ejército de Dios, y nuestros dirigentes no tenían ningún problema con que el nuestro se pareciera gravemente a cualquier otro uniforme.

No era tan importante creer, me dijeron. Había que respetar y hacer lo que te dijeran.

Pero todo se resumía en la diferencia de que el uniforme era más obligatorio que tener brazo izquierdo para ser zurdo, mientras que los parches –sagradísimos– se ganaban. Así era entonces: podías estar haciendo cualquier cosa o hablando con quien sea, pero todo el mundo estaba pensando en los parches o envidiando los de otro. Yo gané

un par porque no podía estar más de dos años entre los *scouts* –nunca estuve *en*, siempre estuve *entre*, eso es cierto: todos lo sintieron en algo– sin un parche que me hiciese parecer un *scout* y no un zapallo con una camisa marrón grotesca y un canuto entrado en rajaduras de tanto recibir y despedir cada sábado un pañuelo que se iba a dormir alegre de soltarse un rato del perdedor que lo cargaba. Quien les habla.

Pero tampoco era malo compitiendo. Cuando intentaba ganar una insignia, resultaba ser que había otro que se venía rompiendo la espalda por ello hacía años, y que perdía y perdía y perdía pero aducía que siempre se esforzaba y nunca lo lograba, y lloraba, claro, porque el llanto es la clave de todos los juicios. Y aunque podía ganar yo, y de hecho así fue alguna vez, el supuesto esfuerzo le valía a aquel la insignia en juego, a ojos, claro, de los deliberantes, los mayores. Los grandes, los dirigentes, los organizadores: los hijos de Dios más hijos que nosotros, por suerte. Nuestros padres, quizá, ante la organización más querida del Señor.

Los presento: una se llamaba Mónica, pero insistía en que la llamásemos Balú. Se suponía que era una osa que había inventado –o no– un tipo que tenía historias que encajaban perfectamente con los *boy scouts*. O no.

Entonces Mónica, o sea Balú, era esa osa. Y le calzaba perfecto. Porque parecía una vaca, pero atacaba como oso. Hablaba como Mónica, a veces. Pero no cabían dudas de que, en los campamentos, roncaba como Balú. Yo, igual, no podía evitar verla por su nombre humano, y por eso ella me odiaba y por eso actuábamos como si nos odiásemos. Ella no quería ser ella por un rato, por esas horas de religión y patadas en el culo y canciones de guerra o de campamento. Yo no la comprendía y se lo hacía saber. Eso era todo. Y era suficiente para la realidad de nuestra relación.

En conjunto, se suponía que era un juego. Querían convencernos de ello y se desesperaban cuando no lo lograban, lo que se traducía de este modo: todo el tiempo. No lograban nada. Y todos sus objetivos se redefinían con el correr de los desastres.

4

Pasó un buen rato hasta que me di cuenta de por qué no me daban una sola insignia a pesar de merecerla. La razón era tan sencilla como injusta y arbitraria: nunca iba a iglesia.

Ahí estaba –debí saberlo desde el primer instante– el secreto de las insignias. Se suponía que debíamos –después de besar imágenes, hacernos la señal de la cruz, nombrar a Dios con observable vitalidad pero jamás en vano, matarnos entre nosotros por ganar los partidos de fútbol del final de cada tarde de sábado: después de *todo*– caminar hasta la iglesia y asistir a misa. Y yo, famélico, roñoso, asqueado, lastimado y severamente traumatizado –la sociabilidad me agotaba–, ni ganas tenía de seguir con el lavaje.

No me molestaba tanto el cura. Las arcadas tenían más que ver con mis propios compañeros, sin importar el rango. Ellos entendían con tristísima frialdad que lo importante era confesarse y nada más. Matar, pero arrepentirse. Traicionar, pero contárselo a la Virgen o, en su defecto, a Balú, que estaba más a mano y con menos gente a cargo.

Mis viejos no faltaban nunca en esos años porque así demostraban que no eran esa influencia negativa que me buscaban todo el tiempo. Mis dirigentes, por eso, estaban furiosos únicamente conmigo. Sobre todo, la mamá osa.

—Hoy venís a misa, Maxi.

Me había visto salir corriendo con la pelota al pie para empezar algún partido.

—¿Eh?

—Misa.

—Sí, Mónica...

—Balú.

—¿Quién?

—Yo soy Balú. Te dije Mónica cuando me presenté. Pero acá adentro me llamo Balú y se acabó.

Sabía perfectamente cómo quería que la llamara. La miraba y no podía creer que no entendiera mi ironía. La ironía, a esa edad, podía quitarte toda posibilidad de insignias para, tal vez, lo que restaba de temporada de vida.

—Bueno... Balú.

Sonaba horrible desde mi boca, pero cedía ante ella para que no me controlase a cada segundo. No me gustaban los adultos. Solo había nacido de un par de ellos que decían que yo era *suyo*. Lo importante era saber, más o menos, a veces con más furia que otra y con la idea menos clara, que ellos también cedían ante otros en otras direcciones. Más grandes o más chicos, más altos o bajos, todos estábamos furiosos con algo que no comprendíamos y que no nos comprendía y que no nos ayudaba en nada pero que, de alguna manera, nos controlaba.

Me sentía mal cada vez que la esquivaba, también. De alguna manera, deseaba hacerle las preguntas prohibidas a ella, que vivía loca y furiosa. Esas preguntas. Dios, la corrupción humana y qué pasaba cuando uno moría. La miré y pensé que algún día, con suerte, tendríamos una charla interesante. Pero fue más un deseo sin sentido que un plan que pudiera llevarse a cabo. A veces, primero, hay que saber dónde queda el baño más cercano. El resto puede esperar.

Esa tarde pude salir de su control y seguir con la pelota en los pies hasta armar dos equipos. Todavía no tenía el nivel de esos chicos que confiaban en que Dios los ayudaría a ganar. Yo no creía en Dios, aunque me diera cierto miedo. Pero no

creía, también, por lo mismo de antes: la bronca. Detestaba cómo le prodigaban alabanzas en la victoria y cómo le lloraban en la derrota. Mi saber era que no había colaborado en la victoria ni había puesto trabas en la derrota. Y cuando estabas acompañado, él no tenía nada que ver. Y cuando estabas solo, estabas solo en serio. A mí me gustaba estar solo. Que Dios fuera omnipresente me parecía una violación al derecho a la privacidad.

No me llevaba bien con ese grupo, el de las insignias y los goles y las señales de la cruz a cada pedo. Tampoco me llevaba bien con los que iban porque no tenían otra cosa que hacer.

Me llevaba bien, sí, con un par a quienes los obligaban a ir y también con quienes tenían unos padres que iban a misa primeros que nadie y dejaban la plata de sus desayunos en las canastas y mantenían a sus hijos con esas caras de rabia que les veía los sábados a la tarde en ese campo prestado. Me hacían sentir afortunado por los míos.

Finalmente, bajando el sol, tampoco quise ir misa. No había manera de mantenerme arrodillado ni parado ni leyendo un libro que todos leían. Con uno leyendo en voz alta, creía, alcanzaba. El problema era que había que creerle al que leía en voz alta. Y la pregunta me hacía, de algún modo, preferir la lectura.

A uno de mis compañeros de manada, Pablo –hinchado de insignias y con una boina repleta de más insignias y con el canuto más grande en el pañuelo más limpio y más brillante de la manada y quizá de todos los *scouts* del planeta–, se le había perdido una plata que había llevado exclusivamente para dejar en la canasta de la caridad, para no ser menos cristiano que los demás.

A mí me gustaba observarlo y ver qué intentaba. Porque no había sábado que no intentara algo. Siempre había algún momento en que todos se desprevenían y él podía parecer

espontáneo en su heroísmo. Pintaba para hombre modelo. Mucho coraje, es cierto. Creo que se dejó morder por una rata a propósito, incluso, aunque había dicho que no, y lo juraba: pero el hombre miente, cristiano y todo. Lo cierto es que todavía no era un hombre, sin dudas. Y se puso a llorar, insoportable, ruidoso como si lo estuvieran operando sin anestesia. Porque el coraje se acaba cuando se acaba la plata, eso lo sabe el que lo sabe.

Llamó la atención de todo el mundo y, después de un rato de lamentar la pérdida, arguyó, furioso, que estaba seguro de que alguno de nosotros le había robado. No era un mal pibe. Todo lo contrario, ya dije. Pero estaba fuera de sí, como sucede siempre con lo relativo al dinero, sin importar el contexto. Todos son de izquierda hasta que la izquierda se queda sin plata, aprendí cuando vi eso en diferentes lados. Pero era lo mismo. Pura repetición.

Pablo se lo dijo a Manera –negro, alto, gigante, carcajeador–, quien, para la salud de mis oídos, no le dio más que un consejo: no acusar sin fundamentos.

Balú se reía con otra dirigente, una rubia con cara de estar ahí por los dirigentes hombres y no por los niños, ni por Dios ni por las mujeres con quienes trataba. Balú escuchó el reclamo y nos hizo parar a todos y nos revisó con brusquedad. Se le puso más blanca la cara, y era blanca con dedicación. Se le revolviéron los pelos negros que jamás habían sido presentados a ningún peine.

Primero me revisó a mí. Y, al final, cuando estuvieron revisados los demás, volvió a revisarme. Yo no había sido.

Lo que me sorprendió fue que ninguno de los dirigentes sugiriera que, quizá, atleta y todo, Pablo pudiese estar *apto* para perder la plata él solo. ¿Insignia para eso? No existía. El único que se interpuso ante la acusación y nos hizo seguir camino fue el Negro Manera.

Y así le quedó, *el Negro*. A él le gustaba. Más personal, cariñoso y, por qué no, amenazante. Manera era un nombre que él no sentía. Solo los dirigentes lo llamaban así. Y con él, extraño, se me escapaba su nombre de dirigente todo el tiempo. No supe si era por respeto. Nunca supe bien nada, a decir verdad. Hacía lo que sentía, a veces. Y Manera también. Pero él tenía un talento especial para ello: lo hacía mejor que el resto. Otra sensibilidad. Eso era. Le podía decir el Negro, total era transparente.

—Pablo perdió la plata solo, Balú. Siempre hay que empezar por uno, ya lo hablamos... Reuniones al pedo, hacemos, ¿eh...?

—¿Cómo podemos saber eso, Manera? ¿Eh? —preguntó la gorda.

Quería confrontar. Encontrarle el punto débil. Pero ya la habíamos visto empantanarse en sus intentos. Hay dirigentes que buscan la forma de que la gente haga lo que ellos dicen y hay dirigentes que dicen algo y, después, ven cómo la gente lo hace. Y, justamente, debajo está la gente: que siempre parece cansada y furiosa y al borde de algo, de levantarse en rebelión. Pero nunca se levanta. Apenas si se levanta.

Y para cuidarlos: el Negro.

—Por la sencilla razón de que no podemos saber lo contrario, Mónica —dijo—. Sigamos.

El Negro Manera se ponía firme solo cuando era necesario ponerse firme. Dejaba correr las acciones y las detenía cuando debían detenerse. Yo lo miraba y aprendía y, si no aprendía, al menos lo admiraba. Me gustaba el truco, no saber siempre cómo lo hacía. Y las chicas, escandalosas dirigentes de manada, se callaban la boca y no le discutían. Ellas, de lo contrario, discutían todo menos, claro, lo relativo a las creencias. El Negro no se vanagloriaba y las otras no reclamaban una posición mejor.

Y el uso sutil del nombre mortal de la dirigente fue, por parte de Manera, una muestra de su justa habilidad. Les quitaba el sueño estar por encima de Manera, pero se peleaban con él mucho menos que lo que se peleaban entre ellas.

5

Llevábamos la bandera *scout* y el tótem, y continuamos camino con el mismo sonido de los cantos que no compartía y de las persianas que se bajaban a nuestro paso para no vernos ni oírnos.

Doblé en una cuadra. Solo. Era el momento en que me iba para mi casa mientras los otros seguían camino hacia la iglesia. Silbando bajito, me separé de la manada.

—Maxi —dijo el Negro a mis espaldas.

—¿Sí?

—Una vez... Vení una vez, al menos. No tenés que prestar atención.

—Me duermo, te juro.

—No les des el gusto. No hagas que te señalen por nada.

A mí no me molestaba. Prefería ser el señalado. Cargar en la frente con todos los dedos índice del mundo. Había nacido con la frente amplia para eso. No sería pelado, pero siempre había sido frentón. Estaba en mis genes, como tantas otras cosas que averiguaría con el tiempo. Podía escapar de la iglesia, pero no de los genes. Imposible.

Llegamos a la iglesia y presencié la misa. Me hicieron sostener una Biblia hasta que se me acalabró el brazo. Después, de rodillas, y tal como prometí, me dormí.

—Amén... —dije cuando me sacudió un compañero.

Justo el sacerdote decía: "... *el diablo*..." tal cosa. Y decir que no le llegó mi voz. Pero me escuchó Balú. Me miró con filo y le devolví un encogimiento de hombros. Que era aún más filoso que su mirada.

En un momento, la gente tenía que saludarse entre sí. Me parecía una desgracia. Algunos se saludaban con entusiasmo exagerado; otros, apenas para cumplir el protocolo. Las dos formas se veían repugnantes.

Un señor –lo recuerdo bien– se acercaba siempre, y solamente a los niños, y nos besaba en la mejilla. A algunos los miraba y los volvía a besar. Era un amigo del cura.

Al final de todo, algunos tomaban la hostia y otros no. Yo aún no podía. En breve empezaría las clases de catecismo y, entonces, después, me comería esa cosa que, sabía, había que tragarla sin masticar. No era muy diferente al resto de las cosas. Aprendí rápido a no perder la costumbre de tragar sin masticar. Podía ser muy doloroso repetir el proceso de aprendizaje.

6

Día de colegio, unas horas después de la salida.

Fue ese día, quizá, cuando me di cuenta de que aquello, el colegio, no era muy diferente de los *scouts*. Teníamos premios al compañero más buchón (llevar la bandera sin ser abanderado a fin de año) y reprimíamos al que tuviera una idea un poco por fuera de las ideas de la mayoría, que dudosamente podían llamarse ideas si eran de todos.

Y si eras lindo, se arriesgaban a conocerte un poco a ver si eras lindo por dentro, también. Pero si eras feo, eras feo en todo sentido, porque nadie daría cinco segundos de su tiempo por algo que ya solamente pudiera ser a medias.

Eso era así en la escuela y en los *scouts*. Y miraba por la ventana y se me ponía la piel de gallina. No quería adelantarme a que fuera así en todos lados.

Pantalón corto debajo del guardapolvo. Preparado para enfrentarme al equipo de siempre con mis compañeros de siempre. Camino al partido, conversando con mi amigo Sebastián Zelaya, hijo de panadero, el más atlético de todos los gordos de la raza humana. A nuestro alrededor, el mundo. Sol, pájaros y miradas perdidas. Todavía no me contaron que la conquista de América fue un genocidio. Todos los monumentos en las plazas tienen tipos con espadas que parecen de otros lados. Ninguno tiene los rasgos de Sebastián, por ejemplo.

—¿Vas a empezar catecismo? —le pregunté.

—¿Qué es eso?

—Lo de la iglesia... Para tomar la hostia.

—El año que viene, creo.

—¿Querés venir a los *boy scouts*?

Se rio de mí parodiando el saludo militar con la lengua afuera y gritando un “siempre listos” con voz de retrasado. Pero no lo hacía tan mal. Aun queriendo burlarse, lo hacía mejor que muchos allá, en el campo de los *scouts*.

—Tendrías que venir.

—¿Solamente porque vas vos?

—Para dejar sola a tu mamá una tarde...

Me pegó en el hombro y seguimos.

En el camino encontramos a Andrés Moncaglieri quien seguro antes del fútbol tenía la tarea lista y podía chanta-jearte por una ayuda mínima en cualquier materia. Era alto y encorvado, como avergonzado por algo, aunque sus labios apretados de asco y de odio por todo y por nada lo hacían ver como un toro pálido a punto de embestir contra cualquier inocente. También era egoísta y el peor jugador de fútbol que podía incluirse en un equipo, pero lo incluíamos igual

porque era nuestro amigo, aunque nos peleábamos más con él que lo que él se peleaba *por nosotros* en los cruces con otros vagos de por ahí. Ese era Andrés. Lo contrario a Sebastián.

De todos modos, algo bueno había en él. Se sentaba con nosotros, al fondo de la clase, por más que su promedio lo hiciera merecedor del mejor lugar: adelante, con los otros, nuestros rivales de esa tarde, los rivales de siempre, nuestros verdugos de siempre. La gente mejor, los buenos: los ordenados.

—Monca —así le decíamos, por esa mitad de apellido que podía sonar suavemente ofensiva hasta que la repetías, y la repetías y la seguías repitiendo por años, y entonces, algún día, no era más persona que Monca, y el que no lo llamaba Monca era un desconocido o un imbécil que pretendía insultarlo. Complicado.

—¿Hicieron la tarea, ustedes? —preguntó.

Necesitaba saber, o confirmar que, como siempre, no la habíamos hecho. Y te odiaba profundamente por eso. Y sentía que merecías, por lo menos, morirte de hambre, no sin antes pasar por alguna clase de tortura.

—A la tarde, supongo —respondí.

Sebastián respondió algo parecido.

—Ya *es* la tarde —reclamó, y nos miró, y Sebastián y yo lo miramos con cualquier mirada menos con la suya, y sacudió la cabeza—. Yo no lo puedo creer, loco. Los tendrían que echar del colegio, forros. ¡A los dos! Nunca hacen nada. ¡Cómo pueden vivir así! Me dan ganas de romperles las carpetas en la cara, si no las usan para un carajo. ¿Sus padres no les dicen nada? Hijos de puta...

Me fascinaba cómo nos insultaba. Cómo nombraba a los padres. Con un respeto y un temor, tan una cosa y tan la otra. Como si nos odiara a nosotros y santificara a nuestros padres y le tuviera un pánico bíblico al suyo. Sacudí la cabeza y pensé